

mentada y valorada ha sido la referente a la salud pública y sus efectos sobre la mortalidad (11). Sin embargo consideramos necesario revitalizar los efectos socioeconómicos. A las tierras ocupadas normalmente por las aguas, y que podrían recuperarse a través del drenaje y encauzamiento de las mismas, como más adelante se hizo, hay que añadir aquellas que, estando en explotación, se veían inundadas esporádicamente a consecuencia de una climatología favorable. A su vez, la actividad laboral tenía, necesariamente, que disminuir alterándose el calendario agrícola y creándose las condiciones necesarias para un descenso en la producción agrícola y para la aparición de crisis de subsistencias. A todo ello hay que unir las propias dificultades del campesinado para cubrir las obligaciones tributarias o las establecidas en el proceso normal de las relaciones sociales de producción.

Otros razonamientos permiten suponer que la incidencia sobre la salud pública y la mortalidad ha sido exagerada. Así, Madoz, al referirse a los efectos perniciosos de las aguas dice que “. . . fue la causa de las frecuentes enfermedades que aquejaban a los habitantes, y de que más tarde se pensara seriamente en su remedio, no sin haber transcurrido 300 años desde que este grave mal tenía estacionado el movimiento progresivo de la población . . . ” (12). A pesar de la ausencia de investigaciones sobre la evolución demográfica durante el período a que se refiere Madoz — 300 años o lo que sería lo mismo la Edad Moderna —, parece claro que todo este problema es mucho más complejo, en el que influiría no sólo una causa — las aguas —, sino otras muchas más que nos es necesario conocer. Por lo tanto, con la construcción del Canal a partir de 1805 se ha querido ver un importante cambio en el movimiento natural de la población, pasándose de la tendencia negativa a la positiva, como resultado del gran descenso de la mortalidad. Tal interpretación procede de las cifras de natalidad y mortalidad recogidas por Roa y E-rostarbe para los años 1803 a 1808. Así, en el trienio 1803 a 1805 los nacimientos suponen 725 personas y las defunciones 1803, con lo que el movimiento natural de la población presenció un saldo negativo de 1078 personas; mientras, en el trienio siguiente, de 1806 a 1808, se re-

(11) Se puede comprobar en las obras de los autores citados en la nota núm. 10, así como también en Pascual Madoz, *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico*, Madrid, 1845, voz ALBACETE (villa), y Miguel Panadero Moya, *La ciudad de Albacete*, Albacete, 1976, pp. 125-126.

(12) *Ibidem*.